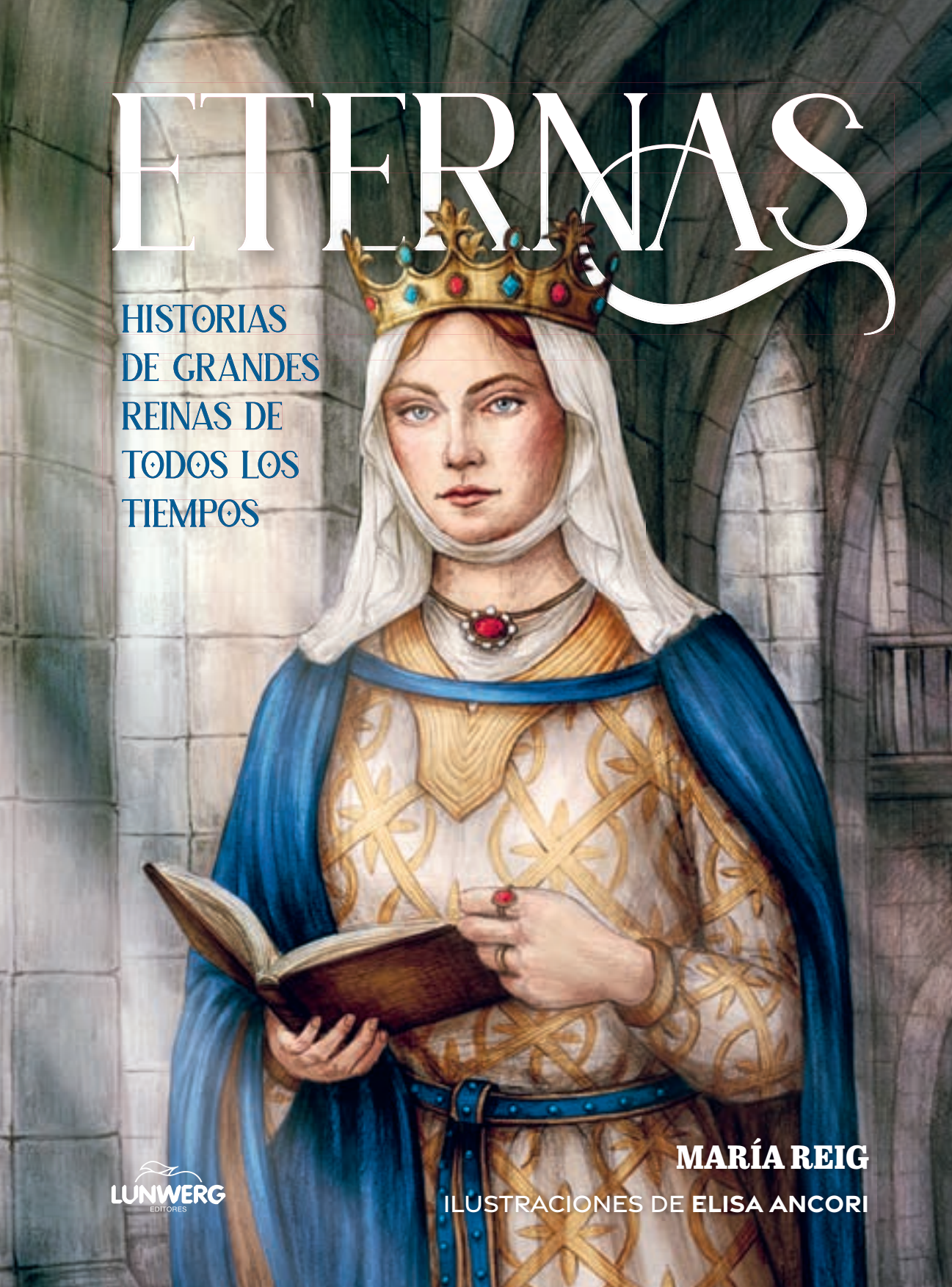


ETERNAS



HISTORIAS
DE GRANDES
REINAS DE
TODOS LOS
TIEMPOS


LUNWERG
EDITORES

MARÍA REIG
ILUSTRACIONES DE ELISA ANCORI

ETERNAS

HISTORIAS DE
GRANDES REINAS
DE TODOS
LOS TIEMPOS

María Reig

Ilustraciones de Elisa Ancori

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© de los textos, María Reig, 2025
www.mariareig.es
[@mariareig](https://twitter.com/mariareig)

Por acuerdo con Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

© de las ilustraciones, Elisa Ancori, 2025
www.elisaancori.com
[@elisaancori](https://twitter.com/elisaancori)

Ilustradora representada por IMC, Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Lunwerk es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunwerk@lunwerk.com
www.lunwerk.com
www.instagram.com/lunwerk
www.x.com/Lunwerlibros
www.facebook.com/lunwerk

Diseño y maquetación: Lunwerk, 2025

Primera edición: septiembre de 2025

Depósito legal: B. 8.664-2025

ISBN: 979-13-87761-09-7

Impresión y encuadernación: Macrolibros

Printed in Spain - Impreso en España



PRÓLOGO 6

CLEOPATRA 9

JULIA DOMNA 25

TEODORA 41

LEONOR DE
AQUITANIA 53

ISABEL
LA CATÓLICA 68

CRISTINA DE SUECIA 86

CATALINA LA
GRANDE 104

MARÍA ANTONIETA 119

SISI 137

BIBLIOGRAFÍA 155





CLEOPATRA

(69-30 a. C.)

Dejo los párpados caer, abatidos por el sol que abrasa y se refleja en esas aguas que lo ven todo, que lo saben todo. Las velas moradas de mi barco conversan con el viento. Respiro. A lo lejos, lomas de un relieve que, si alguna vez me importó, ya no. Siento la rabia en la garganta. Una frustración que me quema. ¿Quién se ha creído que es para obligarme a permanecer aquí? Ya no es nadie, ... no es nada. Y yo tampoco lo seré si no logro moverme con rapidez. Esta guerra nos debilita cada día. Y yo estoy aquí, sin opciones. No puedo permitirlo. A lo lejos, el rumor de la batalla, de más fuego en balde. Miro alrededor. Sesenta barcos a mi cargo, a la espera de combatir, pero sin posibilidad de regresar a casa antes que esos romanos que solo dan para quitar. La angustia se va tornando en una energía que brota de mi pecho y llega hasta esta boca que muchos desean callar, envenenar con falsedades. Lanzo otro vistazo a las velas. Sí, el viento es propicio. Doy la orden de avanzar. Soy la reina de Egipto, me debo a mi pueblo. Pido a los dioses que me protejan mientras desoigo las órdenes del que ha sido mi compañero en los últimos años. Él ya no es nadie, ... y yo quizás tampoco. Pero no puedo permitir que Octavio llegue antes a Egipto que yo. El barco zarpa y se dirige al centro de la batalla. El rumor se convierte en estruendo. Pero estoy un paso más cerca de casa.



Cleopatra, «gloria de su padre», fue el nombre escogido para la segunda hija del rey de Egipto, Ptolomeo XII. Con ella y los cuatro hermanos que se conocen,

Berenice IV, Arsínoe IV, Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV, se sumó una nueva generación a la dinastía de los Ptolomeos, fundada a la muerte de Alejandro Magno por Ptolomeo, uno de los generales que se enfrentaron y repartieron el vasto imperio que el rey macedonio amasó a golpe de conquista militar durante el siglo IV a. C. Así, como Ptolomeo I, el oficial pasó a ser sátrapa y, después, rey de Egipto, territorio dominado por los macedonios desde el 332 a. C. y al que se confirió, entonces, una nueva capital: Alejandría. Al nacer Cleopatra, casi trescientos años después, la ciudad creada por Alejandro Magno había cambiado mucho, pero todavía conservaba las joyas que le habían otorgado Ptolomeo I y Ptolomeo II: la biblioteca, con el *museion* y el *serapeion*, y el faro. Continuaba siendo un importante centro comercial y cultural, con una población de gran diversidad que, tras el fin definitivo del Egipto faraónico, en el siglo VI a. C., había tenido que dar la bienvenida a reyes extranjeros: primero de la mano del Imperio persa y, después, del Ptolemaico o Lágida. No en vano, los restos del gran Alejandro Magno descansaban allí, muestra de que Alejandría era una isla helenística en un mar egipcio.

Mirando al Mediterráneo, casi incluso a las tierras de las que procedía la dinastía ptolemaica que ahora ocupaba el trono —al norte de la península griega— Alejandría pudo advertir el cambio de rumbo de la política regional desde el siglo II a. C. cuando Roma se convirtió en un poder emergente sin freno en unas aguas que terminaría por bautizar como *Mare Nostrum* (nuestro mar).

El mundo de los Ptolomeos era el mundo helenístico. Fue uno de los principales legados de Alejandro Magno quien, a través de su expansionismo, logró dominar los territorios del este del Mediterráneo, Asia occidental y parte de Asia central hasta la India. Gracias a ello, se produjo un fenómeno de fusión entre la cultura griega clásica predominante en el reino de Macedonia y ciertos elementos de las culturas orientales de las nuevas posesiones anexionadas. Esta mezcla cultural, en la que el griego era el idioma de la educación y las élites, los panteones de dioses griegos se unieron a los locales y se fundaron nuevas escuelas filosóficas, sobrevivió a su muerte y a la fragmentación de su reino y llegó hasta Cleopatra, considerada la última reina helenística. Por contrapartida, ese mundo romano cada vez más presente en el Mediterráneo, aunque con sustrato cultural en común

y abierto al sincretismo de la región, se había ido construyendo una identidad propia en la que, entre otras cuestiones, la valorada austeridad contrastaba con el gusto por el lujo helenístico.

Sin duda, el romano y el helenístico eran dos universos que, entre los siglos IV y I a. C., estuvieron condenados a convivir y entenderse. Los antecesores de Cleopatra lo sabían y, a medida que la situación en Egipto se tornó más y más crítica debido a los problemas económicos y a la inestabilidad, comprendieron que no era mala idea tener a Roma de aliada e, incluso, de árbitro en sus cuitas internas. Su propio padre se preocupó de mantener los lazos con Roma y, de algún modo, sentó las bases para que el destino de su hija estuviera ligado a ella.

Cleopatra nació a principios del 69 a. C. Su padre, Ptolomeo XII Auletes, había subido al trono diez años antes. Los primeros años del reinado del padre de Cleopatra fueron relativamente tranquilos, pese a que la inestabilidad económica y su falta de popularidad, por derrochador e ilegítimo, eran indiscutibles. De la madre de Cleopatra, nada se sabe, pero parece seguro que no era la mujer-hermana del rey, sino una mujer egipcia desconocida. Tampoco existen registros de la infancia de Cleopatra, pero, a juzgar por las aptitudes demostradas en su adultez, puede deducirse que recibió una completa educación en filosofía, retórica, oratoria y medicina. Así mismo, se sabe que, además de griego, su lengua materna, Cleopatra llegó a hablar egipcio, etíope, troglodita o arameo, entre otros idiomas. También parece probable que tuviera nociones de la historia de su familia, del mundo griego, de Egipto y de la política de Roma; que aprendiera a cazar y montar a caballo, como miembro de la realeza, y, con el tiempo, a comandar embarcaciones, rasgo distintivo de las reinas helenísticas.

Los años en los que, acompañada de una relativa calma, Cleopatra debió de visitar la biblioteca para avanzar en las lecciones guiadas por su tutor, Filóstrato, terminaron en el 59 a. C. Unos años antes, Roma había empezado a tratar de hacer efectivo el testamento del tío abuelo de Cleopatra, Ptolomeo X, que, en un momento de necesidad de sus intermitentes reinados, había accedido a utilizar Egipto y Chipre como aval de un préstamo para costear las guerras civiles en las que se hallaba inmerso. El padre de Cleopatra, dispuesto a conservar el poder,

activó entonces una política de acercamiento a Roma y de sobornos que cristalizaron en un pacto con el cónsul Julio César en el que se le reconoció como rey de Egipto y amigo de Roma. Eso sí, Chipre, donde gobernaba su hermano, fue anexionado a la República. Este acuerdo con la potencia mediterránea que parecía atentar contra el *statu quo* del este no sentó bien a las élites alejandrinas, en las que las facciones a favor y en contra de la amistad con Roma o de la legitimidad del monarca se multiplicaron por doquier. Así, en el 58 a. C., Ptolomeo XII marchó al exilio. Con él se llevó a su hija Cleopatra, de solo once años.

Después de pasar por Atenas, Ptolomeo XII se dirigió a la amiga Roma, en la que esperaba encontrar apoyo para recuperar el trono de Egipto. En su ausencia, el poder recayó en la hermana mayor de Cleopatra, Berenice IV, y en la mujer-hermana de su padre, Cleopatra VI, quien, no obstante, murió al poco tiempo, dejando a su hija como única reina. En Roma, Ptolomeo XII terminó por conseguir ayuda, gracias a Pompeyo, uno de los hombres más poderosos de la República. Esta estaba motivada, en parte, por la cuantiosa deuda que el lágida había contraído con el banquero romano Cayo Rabirio Póstumo y que solo podría devolver si tenía acceso, como monarca, al tesoro de Egipto. El plan pasó por convencer al gobernador romano de Siria, Aulo Gabinio, de que invadiese Egipto. Entretanto, Berenice IV, se había casado con Arquelao II, sumo sacerdote de la Comana en Capadocia y también protegido de Pompeyo, lo que nos habla de la enrevesada política de alianzas romana en esos tiempos. La expedición de las fuerzas de Gabinio comenzó en la primavera del 55 a. C. Arquelao II cayó en la segunda batalla, por lo que, en poco tiempo, Ptolomeo XII pudo recuperar el poder. Como castigo a la deslealtad, mandó asesinar a su hija Berenice IV y purgó Alejandría de facciones enemigas.

Quizás intuyendo que se había embarcado en la etapa final de su vida, Ptolomeo XII decidió escribir un testamento al poco de restablecerse en el trono. En él concretó que, a su muerte, debían gobernar de forma conjunta el mayor de sus hijos y la mayor de sus hijas de todos los que le sobrevivieran y que Roma, donde envió una copia del escrito, debía ser guardiana. La violenta muerte de su primogénita, Berenice IV, convirtió a Cleopatra en una de las dos partes aludidas.

Tanto es así que, en el 52 a. C., la nombró corregente. Fue justo en este momento cuando Cleopatra abandonó las sombras y comenzó a dejar el rastro con el que hoy podemos tejer su historia.

El padre de Cleopatra murió, por causas naturales, a principios del 51 a. C. Aplicando su última voluntad, lo sucedieron Cleopatra y su hermano Ptolomeo XIII, de unos diez años. En la corte, en la que existían diversas facciones, pronto se fueron alineando en torno a un hermano u otro. Por un lado, Cleopatra no tardó en empezar a dar pasos para consolidar su posición, a sabiendas de su delicada situación, por detrás de un mero muchacho. Así, en el mismo año de su ascenso al trono, decidió participar en la ceremonia de sustitución del toro Buchis, cerca de Tebas, que se decía que contenía el alma del dios Amón-Ra, como parte del programa de acercamiento a la religión indígena que tanto valoraba el pueblo en las dinastías de origen extranjero. Por otro, existían voces reticentes a los movimientos en solitario de la reina, deseosas de que el poder recayera en manos masculinas.

En medio de la tensión creciente por la cuestión dinástica, asunto que llevaba azotando y desestabilizando a los ptolomeos desde hacía generaciones y que probaba que ni los reinados conjuntos de hermanos ni los matrimonios incestuosos eran infalibles, la implicación de algunos hombres de la guarnición que Aulo Gabinio había dejado, tras la guerra, en Alejandría, en el asesinato de los dos hijos del procónsul de Siria, provocó, en el 50 a. C., el primer contacto directo de Cleopatra, como reina, con Roma. Un año después, el hijo de Pompeyo, Cneo Pompeyo el Joven, fue el primer romano en visitar Egipto durante el reinado de Cleopatra. Lo hizo para solicitar apoyo militar en nombre de su padre, enfrascado en su lucha contra Julio César. Cleopatra, que sabía que los movimientos políticos de su padre la convertían en deudora tanto de Pompeyo como de Julio César, terminó accediendo, junto a su hermano, a enviar sesenta barcos y quinientos soldados, entre los que se encontraba la problemática guarnición dejada por Gabinio seis años atrás.

No obstante, la ayuda militar a Pompeyo no fue provechosa para Cleopatra, pues, un año después y sin que se sepan los motivos, este decidió violar el

testamento de Ptolomeo XII y nombrar al hermano de Cleopatra, Ptolomeo XIII, gobernador único. Así, la balanza de las tensiones cortesanas se decantó por el niño. Traicionada, pero dispuesta a recuperar el poder, marchó, junto a su hermana Arsínoe IV, a Tebas y, después, a Siria, donde se aplicó en reunir un ejército. Mientras tanto, la guerra entre Pompeyo y Julio César continuaba. Era el verano del 48 a. C. Pompeyo, derrotado en la batalla de Farsalia, en Grecia, huyó a Alejandría, donde esperaba hallar refugio gracias a Ptolomeo XIII, al que él mismo acababa de ayudar a convertirse en rey único de Egipto. Sin embargo, el joven monarca, influenciado por sus consejeros, optó por tender una trampa al romano. Pompeyo murió asesinado en Pelusio, tierra egipcia, tras recibir una carta en la que Ptolomeo XIII fingía estar dispuesto a ayudarlo. Julio César llegó poco después, siguiendo el rastro de su némesis.

Muerto su principal enemigo, Julio César pudo tomarse un momento para tratar de mediar en la compleja situación de Egipto y restaurar la voluntad del padre de Cleopatra, de la que Roma era albacea. Ella, que había conseguido reunir fuerzas suficientes para enfrentarse a su hermano y a los partidarios de este, se resistió a las primeras llamadas de Julio César invitándola a encontrarse con su hermano en su presencia y desbloquear la coyuntura por la vía diplomática. Sin embargo, tras enviar a varios representantes, Cleopatra regresó a Alejandría. Mucho se ha elucubrado sobre el primer encuentro de Cleopatra y Julio César, del que no se tienen datos. Se dice que César quedó asombrado con ella y, quizás es cierto, pues no debemos olvidar que Cleopatra era una joven de veinte años y él un hombre de cincuenta y dos. En cualquier caso, Julio César planteó que se volviera al gobierno conjunto estipulado por Ptolomeo XII. Esto no gustó a los partidarios de Ptolomeo XIII, a los que se terminó uniendo también Arsínoe IV, que enseguida acusaron al romano de estar del lado de Cleopatra. Pese a los intentos de César, la guerra terminó estallando.

La llamada guerra de Alejandría se extendió varios meses hasta inicios del 47 a. C. Uno de los efectos que tuvo fue un importante incendio que asoló la ciudad tras la quema de unos barcos egipcios por parte de las fuerzas de Julio César y que afectó a la biblioteca. Durante la contienda, el jovencísimo Ptolomeo XIII cayó

en batalla y Arsínoe IV fue capturada. No se conoce registro de la participación de Cleopatra. Julio César, victorioso, pudo, por fin, hacer valer el testamento del padre de Cleopatra. Ella continuaba siendo la hija viva de mayor edad, pero, en cuanto al hijo, el turno pasó a su otro hermano pequeño, Ptolomeo XIV, de doce años. Para evitar más conspiraciones, los hermanos se unieron en matrimonio. Con la situación encauzada, Julio César permaneció unos meses más en Alejandría. Se sabe que llevó a cabo algunas medidas constructivas en la ciudad. Regresó a Roma en la primavera del 47 a. C., dejando a varias legiones en la capital lágida, al servicio de Cleopatra.

El 23 de junio del 47 a. C., Cleopatra dio a luz a su primer hijo, Ptolomeo César, al que los alejandrinos enseguida pusieron el sobrenombre de «Cesarión». Según manifestó siempre Cleopatra, el hijo era de Julio César, pero el romano jamás reconoció esta paternidad ni hay pruebas en ninguna parte, pese a que todo indique que sí pudo existir una relación personal entre ambos en los meses en los que él estuvo en Alejandría. De cualquier modo, Cleopatra aprovechó el nacimiento de su hijo para seguir nutriendo su programa propagandístico en el que se comenzó a identificar a la reina y a «Cesarión» como Isis y Horus, madre soltera e hijo en el panteón de dioses egipcio.

Aproximadamente un año y medio después, a finales del 46 a. C., Cleopatra y sus hermanos Ptolomeo XIV y Arsínoe IV visitaron Roma, donde se instalaron en la villa de Julio César como amigos de la República. Se desconoce si llevaron a «Cesarión». No fue nada excepcional ni su presencia tuvo mayor relevancia que la de otros reyes orientales, pero, en aquellos tiempos, era evidente que Julio César había quedado impresionado con su estancia en Alejandría, pues había mandado instalar una estatua de Cleopatra en el templo de la Venus Genetrix y planeaba la construcción de una gran biblioteca y de un templo a la diosa egipcia Isis en Roma. Durante esta estancia de carácter diplomático, se consolidó la alianza entre Roma y Egipto y se decidió el destino de Arsínoe IV, a la que Julio César envió al exilio a Éfeso como castigo a su deslealtad. Los hermanos regresaron a Alejandría antes de que terminara el año, pero, a principios del 44 a. C., se sabe que Cleopatra volvió a Roma, aunque se desconocen los motivos exactos.